



CAPÍTULO II

NUEVAS TENDENCIAS EN LA POESÍA LÍRICA Y LA LEYENDA

Selgas, Arnao y Zea, Trueba, Hurtado y Barrantes, Bustillo, Monroy y el Marqués de Auñón, González de Tejada, Manuel del Palacio, etc.

Las ventajas que del romanticismo reportó la poesía lírica, aunque grandes sobre todo encomio, se unieron con ciertas exageraciones perniciosas, no tanto por su transcendencia, como por su universalidad; y de ahí que al calmarse la sobreexcitación, compañera de todas las crisis, aun las más fecundas y legítimas, se iniciara una tendencia que parece de retroceso, pero que es de eclecticismo sano, de reconstrucción necesaria, atendido el carácter demoleedor é irreflexivo de la época precedente. Al buscar la grandiosidad de las ideas no se había evitado, como era justo, el amaneramiento y la verbosidad, la hinchazón y el conceptismo; lo original degeneró en extravagancia; y si los grandes maestros de la escuela lo son hoy mismo á pesar de los años, los extravíos de los imitadores hicieron precisa una contrarrevolución, cuyos progresos comenzaré á reseñar en este capítulo. Los que la llevaron al terreno de la poesía lírica y narrativa no eran, fuerza es confesarlo, gigantes de gran talla; pero, convirtién-

dose en colectivos los esfuerzos parciales, el resultado fué prácticamente seguro.

Un fondo común de ingenua y sencilla naturalidad los une á todos en medio de sus diferencias, lo mismo á los apasionados de la narración legendaria que á los intérpretes de la poesía popular y la subjetiva en sus innumerables ramificaciones. No voy, pues, á presentar á una legión de apóstoles borrascosos, Colones de un nuevo mundo de ideas; antes bien el primero y más simpático nombre que se ofrece á la memoria es el modestísimo de Selgas ¹, el cantor de la inocencia y de las flores.

Joven laborioso, encerrado en el obscuro rincón de una provincia, sin otros ocios que los hurtados á las faenas de día, sin otro mentor que su propio estro, sin más estímulo que el de la amistad, fué trasladando al papel unas cuantas poesías, cuyo mérito singular y fe.iz destino ignoraba, y que juntas formaron *La Primavera*, colección breve pero de muy subidos quilates. Llegó ésta á Madrid, donde un amigo de Selgas, como él aficionado á las musas, el joven Arnao, la dió á conocer en una tertulia literaria á que por casualidad asistió el renombrado crítico D. Manuel Cañete, el cual, enamorado de las sencillas composiciones que acababa de saborear, insertó algunas en un diario conservador,

¹ D. José Selgas y Carrasco nació en Murcia el año 1824. Hizo sus primeros estudios en el Seminario conciliar de San Fulgencio; pero hubo de abandonarlos muy pronto para atender á las necesidades de su familia, sin perjuicio de cultivar las precoces aptitudes poéticas de que se sentía dotado. El conde de San Luis, al llamarle á la corte, le hizo auxiliar del ministerio de la Gobernación, en el que fué más tarde (después de su brillantísima campaña en *El Padre Cobos*), Oficial de Subsecretaría, desempeñando aquella cartera D. Cándido Nocedal. Selgas rehuyó constantemente todo cargo político, consagrándose á los trabajos literarios, aunque sin desmentir nunca sus tendencias al moderantismo católico. Por excepción desempeñó la Secretaría de la Presidencia del Consejo en el Gabinete presidido por el general Martínez Campos. Siendo individuo numerario de la Academia Española, falleció Selgas en Madrid el 5 de Febrero de 1882.

El Heraldo, honradas desde luego con la benevolencia del público y los elogios de discretos jueces. El Ministro de la Gobernación, D. Luis José Sartorius, Conde de San Luis, personaje de gran significación en el partido moderado, antiguo director del susodicho periódico, y á quien unos dan y otros quitan el título de Mecenas, protegió, para honra suya y provecho de las letras, al ignorado pero meritísimo vate.

Salió á luz por fin *La Primavera* (1850); salió más tarde *El Estío*, y reunidos en un solo volumen dieron la vuelta á España, coronando de gloria la frente del poeta novel, y acallando los gritos de la envidia, que en un principio le hizo blanco de sus ataques ¹.

En el prólogo con que iba encabezada *La Primavera* se ponderaba, y con razón, como principal entre los méritos que avaloran las poesías de Selgas, el de la originalidad, tanto más ostensible cuanto menos rebuscada; mérito no disminuído por las reminiscencias que en toda alma sensible dejan las primeras lecturas.

¿Buscaremos en los fabulistas antiguos ó modernos los predecesores de Selgas? Tanto valdría suponer que de un manantial saturado de ácidos corrosivos puede brotar un arroyo de aguas dulces y cristalinas. El apólogo encierra, por lo común, las amarguras de la experiencia, y viene á ser una regla compendiosa de bien vivir dirigida á la inteligencia, más bien que á la voluntad, para hacer la virtud simpática y amable. Por el contrario, este último fin resalta, con exclusión de cualquier otro, en *La Primavera* y *El Estío*, cautiva el ánimo por medio del lenguaje y de los encantos de la inocencia, descubre en las flores el candor virginal, de que son símbolo, y baña de luz purísima la imagen de

¹ Ocho ediciones van publicadas de *La Primavera* y *El Estío*. La última (Madrid, 1882), posterior á la muerte de Selgas, forma el tomo I de sus Poesías, completado por sus editores con otro II (*Flores y Espinas. Versos inéditos*. Madrid, 1883).

la belleza moral, que tantos han pintado con sombrío ceño y repulsiva adustez.

De *La Primavera* dice Cañete con acierto que reúne «dos cualidades importantísimas, pero muy difíciles de concertar: el espiritualismo, la vaguedad, la melancólica ternura de las poesías del Norte; la gallardía, la frescura, la riqueza, la pompa de las poesías meridionales»; juicio exacto que con la misma verdad puede aplicarse á *El Estío*, como parto de la propia musa y perteneciente á un género totalmente idéntico. El alma soñadora de Selgas volaba con la misma facilidad por entre la bruma que á través del horizonte iuminado por un sol de fuego, sentía y cantaba la hermosura de la naturaleza en todas sus manifestaciones; pero prestándole vida, traduciendo sus confusos rumores en el ritmo concreto que brota del espíritu y sólo el espíritu entiende, y abillantando el panorama de la realidad externa. El hechizo que producen tales tesoros de poesía ingenua, de candorosa ternura y honda sensibilidad, se siente mejor que se explica.

Contribuye á aumentarlo la suave melancolía, que á manera de exquisito perfume se mezcla con el de las flores, y que confirma una vez más la existencia de los misteriosos lazos de atracción con que se apoderan del ser humano la tristeza y el dolor, reflejados y ennoblecidos por el arte; extraña paradoja si no fuese á la vez un hecho constante y universal. No por otro medio la musa tranquila y humilde de *La Primavera* y *El Estío* toca alguna vez, sin pretenderlo, en las inaccesibles cumbres de la sublimidad.

Pocos ejemplos conozco de pesimismo tan insinuante y humano, tan opuesto á las crudezas de Pascal y al análisis iconoclasta de la escuela de Schopenhauer, tan sugestivo y profundo como el que informa los dulcísimos tercetos de la introducción á *La Primavera*:

.....
 ¿Es, por ventura, el sabio más dichoso,
 Y el que la suerte á las riquezas lanza
 Cuenta muchos instantes de reposo?
 Y la esperanza al fin... ¿qué es la esperanza
 Más que la dolorosa resistencia
 Que hacemos al pesar que nos alcanza?
 ¡Difícil inquietud! ¡Triste experiencia!
 ¡Quién pudiera trocar todos sus años
 Por unas breves horas de inocencia!
 ¿Y por qué á la virtud somos extraños?
 ¿Por qué este afán tenemos á una vida
 Tan llena de amargura y desengaños?
 La bulliciosa juventud convida
 A festines de amor, y nos ofrece
 La copa del placer apetecida.
 El alma se dilata y se estremece;
 Palpa la realidad, rásgase el velo,
 Y toda la ilusión desaparece.
 Entonces llega el matador recelo,
 Entonces llega la inquietud sombría,
 Y llegan el dolor y el desconsuelo.
 Y lento llega y perezoso un día,
 Y otro día también, y todo llega
 Sin término poner á su agonía.
 El amor engañado se replega;
 Crece la flor de los recuerdos triste,
 Porque con tristes lágrimas se riega.

Las notas de alegría sana, de platónico amor, de religiosidad sincera, que se unen á la voz de la tristeza resignada en la sinfonía conmovedora de los versos de Selgas, han dado eterno prestigio á las composiciones, *Amor del poeta*, arrullo digno del Petrarca; *La modestia* y *El sauce y el ciprés*, que han pasado ya á las antologías de la moderna literatura española; *La espuma del agua*, serenata que confronta con las mejores de Zorrilla; la *Introducción á El Estío*, *El ruiseñor*, *Las estrellas* y *La imagen*.

Desde que el cantor de Laura se convirtió en jornalero de la prensa, enmudecieron las cuerdas de aque-

lla lira que el amor paternal volvió á pulsar, arrancándose las vibraciones de *La cuna vacía* y ¡*Chist!*, y por las que últimamente pasaron las ráfagas satíricas del prólogo en verso con que pensó encabezar una nueva colección de poesías, destinada, como sus conceptuosos cuadros de costumbres, á retratar de perfil los descarríos y flaquezas del siglo XIX.

El recuerdo de Selgas evoca el de Antonio Arnao (1828-1889), su fraternal amigo, poeta de escaso numen y cuyas obras no corresponden á su indefesa laboriosidad ni á la nobleza de sus sentimientos, nunca prostituidos á impulso de la vanidad ó la avaricia. De los numerosos libros en verso que llevan su nombre, ninguno quizá tan valioso como *Himnos y quejas*, el primero también en el orden del tiempo, pues salió á luz en 1851 (con prólogo de Selgas), dejando ver los rasgos característicos de la personalidad poética de Arnao; el dulce y vago sentimentalismo, el esmero y la pulcritud llevados hasta la exageración, el horror á toda suerte de violencias, la plétora de lugares comunes y la insipidez, no siempre redimida por el candor ingenuo.

Las *Melancolias*¹, colección semejante á la de *Himnos y quejas*, los *Ecos del Tader*², el poema *La campaña de Africa*, laureado con *accèsit* por la Academia Española, y *El caudillo de los ciento*³, novela en verso, lograron bastante aceptación por la correspondencia que existía entre el espíritu del poeta y el de la sociedad que le escuchaba con agrado. Lo mismo, aunque por contraste, sucedió con la colección religiosa⁴, cuyos acordes, mezclados con los gritos de las orgías revolucionarias, resonaron dulcemente en la muchedumbre que protestaba contra el ateísmo oficial, y para la que te-

¹ Madrid, 1857.

² Madrid, 1857.

³ Madrid, 1866.

⁴ *La voz del creyente. Poesías católicas*, por D. Antonio Arnao. Madrid, 1872.

nian que ser muy simpáticas las *paráfrasis* de las preces consagradas por la Iglesia, las *oraciones* dictadas por sincero fervor místico, los cantos á la Virgen y las *harmonías*, que forman la última sección de *La voz del creyente*. La fe pura y sencilla, el amor casto, el respeto á las glorias de la patria y la antipatía hacia la vida moderna, y hacia las ideas y los hábitos sociales incubados al calor del materialismo escéptico, cristalizaron en una serie de sonetos¹ en que Arnao varió la forma, ya que no el fondo, de su inspiración. Aquel arte difícil de sostener el interés ocultando el pensamiento no se acomodaba á las condiciones ingénitas de una musa toda diafanidad y candor, y el escribir tiradas de catorce líneas en rima será todo lo difícil que se quiera, pero nunca será escribir buenos sonetos. No más blanda, aunque sí distinta censura, merecen las *Gotas de rocío*, colección de madrigales publicada inmediatamente después de la anterior². Convendré ante todo en que, no estando bien deslindadas las diferencias que separan al madrigal de otras composicioncitas similares, sería impertinente disputar sobre la oportunidad de los nombres; pero las variaciones sobre un tema cuando no están realzadas por los primores del desempeño, y aquí lo están las menos veces, tienen que fastidiar pronto aunque entre los madrigales haya algunos tan sentidos como el que se titula *Dulce desengaño*. El pensamiento de la poesía *A Victor Hugo*, y tal cual versión del italiano, son lo más selecto del volumen póstumo que contiene las últimas inspiraciones del vate murciano³, idénticas en un todo á sus primicias.

Profesó Arnao verdadero culto á la poesía, no sólo en su fondo, sino en su forma interna y externa; estudió profunda y detenidamente los elementos musicales

¹ *Un ramo de pensamientos*. Madrid, 1878.

² Madrid, 1879.

³ *Soñar despierto*. *Poesías varias, con un prólogo de Don Marcelino Menéndez y Pelayo*. Madrid, 1891.

del idioma castellano, utilizándolos en los muchos versos que escribió destinados á ser puestos en música, y sobre todo en los dramas líricos *Don Rodrigo*, *Pelayo*, *Guzmán el Bueno*, *Las naves de Cortés*, *La muerte de Garcilaso*, etc. Todo esto da á sus producciones poéticas un sello de unidad, realzado por la firmeza de propósitos y convicciones en que se mantuvo constantemente, á despecho de las mil vicisitudes porque pasaron el gusto del público y las escuelas literarias. «Nadie advirtió en él jamás (dice de Arnao el autor de los *Heterodoxos españoles*) desigualdad ni desequilibrio en nada; lo que principalmente llamaba la atención á quien quiera que le tratase, era una perfecta templanza y armonía de facultades y condiciones, un suave y fácil ritmo interior, que se traslada sin esfuerzo á las palabras del poeta. Igual impresión sentirán siempre sus lectores. Arnao era ante todo un espíritu disciplinado, condición envidiable, condición rarísima, que le salvó de todo género de anarquías de palabra y de pensamiento, y que, así como en vida le libró de tener ningún enemigo, así también á los ojos de la posteridad le hará invulnerable ante la crítica más severa.» El ideal á que aspiraba es el que expresan aquellos versos de su poesía *Amor á la soledad*:

Sólo quiero en paz obscura
Sentir que mi vida pasa
Como arroyo solitario
Bajo la verde enramada.

Más ignorado que el anterior vivió y murió otro poeta duramente herido por la mano de la adversidad, y á quien nadie recordaría hoy si sus amigos no hubiesen coleccionado las *Obras en verso y prosa de Francisco Zea*¹, honrándolas con encomiásticos artículos de Castro y Serrano y de Florentino Sanz. La deficiente educación literaria de Zea, su fantasía calenturienta y

¹ Madrid, 1858.

volcánica, y el estudio tardío, pero intenso y profundo, que hizo de los clásicos españoles, se reflejan á partes iguales en esas obras de heterogéneo gusto por las que cruzan alternativamente nubes de desaciertos y relámpagos de inspiración. Con este último nombre encabezó el autor la más celebrada de sus poesías, en la que habla el incendio amenazando consumir la creación, y dice Dios desde su trono:

.....
 ¡Sube, incendio voraz! Yo te contemplo.
 ¡Llega á mí en tu victoria!
 ¡Un paso más! Te colgaré en mi templo
 Y alumbrarás mi gloria.

El incendio, en la visión del poeta, será el ejecutor de las divinas venganzas, y... nada más se desprende en substancia del arrebató lírico á que puso Zea el nombre de *Inspiración*. Algo semejante ocurre con *El día 1.º de Noviembre*, *A las estrellas* y *Torres y campanas*, por no citar la oda á Cabrera, y las piezas dramáticas, entre las que hay una graciosa imitación de nuestros antiguos entremeses, *El diablo alcalde*.

Antes que Antonio de Trueba fuese universalmente conocido por sus cuentos, había hecho su entrada en el mundo de las letras con *El libro de los cantares* (1851), que alcanzó en breve tiempo ocho ediciones; número casi fabuloso é inverosímil en España, donde la afición á la lectura es tan exigua. Y no sólo los españoles, sino los extranjeros, y relativamente más los extranjeros que los españoles, enaltecieron y propagaron esos *cantares*, que su autor dió á la luz pública sin sospechar tan benévola acogida.

La poesía popular tiene sus achaques y sus puntos luminosos; pero nuestro siglo ha tratado de rehabilitarla, ora embelleciendo sus mitos, ficciones y leyendas, ora archivando con supersticioso cuidado cuanto ella anima con su aliento. El poeta que entre los esplendores

de una civilización refinada como la que alcanzamos reproduce en sí los rasgos y propiedades de aquella musa impersonal y colectiva que acompaña y dirige á las nacionalidades en su infancia, constituye un caso anormal y simpático, por la ley de los contrastes, para el complicado criterio de la época literaria más ajena á la sencillez rústica y primitiva. Esto explica en parte la popularidad de que disfrutó Trueba, el cual comenzó á escribir sus cantares sin haber asistido á ningún aula de Retórica, estando de dependiente en una ferreteria de la corte, y codeándose á diario con el vulgo indocto que conocía y amaba al *tío Antón* antes que supieran de él los literatos de oficio. Al salir de la obscuridad las coplas de Trueba obtuvieron los sufragios de las casas ilustradas, y el fingido ciego se vió ensalzado en los periódicos y leído en todas partes.

Trueba interpretó el alma del pueblo con la frescura y la ausencia de artificio, con la fidelidad, tan difícil para un hombre culto, manifestadas en el *Libro de los cantares* y *El libro de las montañas*. No suscribiré yo nunca á los extremos de admiración y desdén de que sucesivamente han sido objeto; y sin dejar de reconocer aquí la fusión de la naturalidad con el interés, paréceme que la una degenera bastantes veces en rastroso prosaísmo, mientras el otro decae lastimosamente. ¿Quién afeará el intento de adornar con su poco de arte los cantares del vulgo? ¿Quién negaría lo admirable de la ejecución en los de Trueba si no transigiese demasiado, y sin plausible disculpa, con el desaliño pedestre que para nada ayuda á la espontaneidad?

Bienaventurados los que creen, *Palo seco*, *La serrana*, *La gorra de pelo*, *La mancha de la mora*, *La ordenanza militar*, son títulos de otros tantos cantares, más ó menos valiosos, impregnados de dulce y exquisita sencillez, de los que el último podría emparejar con las mejores baladas alemanas; ninguno quizá es

tan delicado ni tan genuinamente español como *La Perejilera*:

Al salir el sol dorado
Esta mañana, te vi
Cogiendo, niña, en tu huerto
Matitas de perejil.
Para verte más de cerca
En el huerto me metí,
Y sabrás que eché de menos
Mi corazón al salir.
Tú debiste de encontrarle,
Que en el huerto le perdí.
«Dámelo, perejilera,
»Que te lo vengo á pedir.»

La forma artística de tan bello cantar se aplebeya en otros, no sé si para seguir y copiar más de cerca la poesía del pueblo. Pero si no quiso ni debió imitarla Trueba en los defectos prosódicos, ¿á qué conservar los resabios de una vulgaridad floja y desmayada, con la que no van ganando sus versos en lozanía y pierden en corrección?

*El libro de las montañas*¹ representa en este sentido algún progreso con relación á *El libro de los cantares*, y trae además en sus alas rumores y perfumes del noble solar vascongado, de la tierra de las lluvias y las libertades, sin dejar de ser eco de otra poesía no menos sana y de amplio y universal carácter, la poesía del amor inocente, del hogar, del patriotismo y de la fe cristiana.

Éstos fueron también los ideales á que rindió tributo de cariño y entusiasmo el tierno y elegante lírico, el narrador fácil y ameno que se llamó Antonio Hurtado², y que sólo en los últimos años de su vida renegó de sus antiguas creencias, perdiendo al mismo

¹ Madrid, 1867.

² Nació en Cáceres el año 1825. Falleció en Madrid, siendo Consejero de Estado, el 19 de Junio de 1878.

tiempo la llave del misterioso alcázar donde había sorprendido las ficciones que supo vestir con espléndido ropaje.

Aun persistía hondamente arraigada la afición á las historias en verso; aun se cultivaban por adocenados imitadores las de orientales amoríos, las de fantasía pura y las mal llamadas *tradicionales*, llenas por lo común de anacronismos é inexactitudes, cuando comenzó Hurtado su precioso *Romancero de Hernán-Cortés*, del que se publicaron varios fragmentos (1847) en *El Fénix Extremeño*, periódico de Badajoz¹. La misma elección de un asunto tan glorioso y tan poético, sin mezcla de averiado romanticismo, estaba anunciando al émulo del Duque de Rivas, cuya labor continuó, sin perjuicio de ser tan espontáneamente galano como Zorrilla, á quien más tarde había de arrebatar su paleta multicolora y su mágico pincel².

Los *Cantos populares á La Virgen de la Montaña*, las poesías líricas insertas en los periódicos de Madrid

¹ Barrantes, *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*, t. II, pág. 452.

² Del erudito bibliófilo citado en la nota precedente tomo, junto con la noticia allí dada, la siguiente muestra del romance *Otumba*, XXIV entre los del *Romancero de Hernán-Cortés*:

.....
.....
Aun negras nubes de gasa
Cubren el manto cerúleo,
Y aún anchas gotas destilan
Dando á la tierra tributo.
A la vaga luz que alumbraba
Los peñascales oscuros
Que entre la sombra parecen
Recios gigantes ceñudos,
Caminan los españoles,
Más que en orden, en tumulto.
.....
Rotas llevan las corazas,
Rotos llevan los escudos,
Y hechos giras y pedazos
Los jubones de velludo.
Las plumas van derribadas
De las mazas al impulso,

y los fragmentos del *Romancero de Hernán-Cortés*, juntamente con las numerosas piezas dramáticas y novelas que escribió Hurtado antes de la revolución de 1868, parecían augurar el buen éxito de las leyendas publicadas dos años más tarde ¹, y en las que el color local y de época, la variedad de tonos y asuntos, el vuelo de la fantasía, y hasta la substitución del romance por otras formas poéticas menos trilladas y más difíciles, bastaban para compensar lo anticuado y sospechoso del género. A pesar de todo, el *Madrid dramático* pasó por el nubloso horizonte de la época revolucionaria como estrella desprendida del firmamento del romanticismo, como eco débil de una escuela olvidada, y como consagración de los recuerdos de otra edad, en los que no había de detenerse la que con febril impaciencia se ocupaba en destruir lo pasado, pretendiendo arrancar de raíz el árbol de las tradiciones españolas.

Dejando aparte toda consideración de circunstancias para mirar desde la tranquila esfera del arte este brillantísimo panorama de la corte y villa de Madrid

Los morriones van sin lustre,
De polvo y de sangre sucios.
Todos callando se miran,
Que, de espanto y dolor mudos,
Parecen sangrientas sombras
Salidas de los sepulcros.

De Guatimocín y Hernán-Cortés dice:

Desármanse mutuamente,
Y como recios arbustos
Se enlazan, luchan, vacilan,
Y al cabo en soberbio tumbo
Ambos salpican la tierra
Con rosetones purpúreos.

.....
.....

Pueden leerse otros tres romances en el *Semanario Pintoresco* (año 1855), *Un golpe en vago*, *Las naves á pique* y *Esperanza en Méjico* (págs. 232, 388 y 414).

¹ *Madrid dramático*. Colección de leyendas de los siglos XVI y XVII, por Don Antonio Hurtado. Madrid, 1870.

durante los reinados de los tres últimos Felipes; distrayendo la vista de las puntas de iluminismo impuestas por el sectario incipiente al poeta vigoroso, ¿cómo no embelesarse con aquel cuadro del hogar doméstico, iluminado por luces de Rembrandt, en que se destacan las figuras del labriego Pascual Rodrigo y su mujer, gozando de idílica felicidad primero, estremeciéndose después de congoja con el recuerdo del hijo idolatrado que sienta plaza en los tercios de Flandes, y por remate de su hazañosa bravura gime cautivo del musulmán en los calabozos de Argel, mientras su padre blasfema y se retuerce de dolor hasta que ve y palpa los secretos de la Providencia divina, que le trae sano y salvo al hijo del alma por medio de *Los Padres de la Merced*, de los futuros libertadores de Cervantes?

En otro orden de sentimientos son también interesantísimas las narraciones que llevan por epígrafe *Los dos Pérez*, misteriosos homónimos cuya amistad termina con el asesinato de uno de ellos cometido por su camarada, á quien, tras sigilosas investigaciones, absuelve la justicia de Felipe II; *Un drama oculto de Lope*, en que el Fénix de los ingenios remata con un rasgo de senil humorismo la tragicomedia de sus amores con Inés de Pantoja, á quien robó el honor un mal caballero, y que concluye por olvidar sus penas dando la mano de esposa al mismo causador del ultraje; *Un lance de Quevedo*, donde el poeta misógino esgrime la tizona en defensa de una dama (lance rigurosamente histórico); *El facedor de un entuerto y el desfacedor de agravios*, animada autobiografía de Cervantes; *En la sombra, La Maya, La ejecución de un valido* (D. Rodrigo Calderón); *Muerte de Villamediana*, referida en forma epistolar por Adán de la Parra á D. Francisco de Quevedo; *El acero de Madrid*, imitación libre de la famosa comedia de Lope, y *Las gradas de San Felipe*, apología de D. Agustín Moreto.

El *Madrid dramático* rivaliza con las mejores pro-